Tecnología para conocer todos los pasos de un kiwi

Seresco y el CTIC desarrollan una app de móvil para monitorizar las etapas de la fruta desde que se planta hasta que se vende

José Luis Salinas

Las nuevas tecnologías y el mundo rural parecen, a primera vista, mundos antagónicos. Ni mucho menos. La compañía Seresco está logrando unir estos dos sectores. La ovetense, en colaboración con el Centro Tecnológico de la Información y la Comunicación (CTIC), ha desarrollado un proyecto para mejorar los cultivos de kiwis, que desde hace unos años están madurando bien en las fértiles tierras asturianas. La iniciativa, a la que han bautizado como K-Chain, está basada en la tecnología conocida como «blockchain» (que traducido viene a significar algo así como cadena de bloques) y que permite, destacan los responsables de esta iniciativa, optimizar al milímetro los procesos de producción en el campo.

Sergio Álvarez, responsable de proyectos en Seresco, asegura que «lo que hemos hecho es integrarlo todo en una aplicación para el móvil» con el objetivo de facilitarle al máximo la vida al agricultor. Una de las singularidades de esta iniciativa, que ha contado con financiación del Instituto de Desarrollo Económico del Principado (Idepa) y del Fondo Europeo de Desarrollo Regional (Feder), es que gracias al «blockchain» se puede seguir el viaje del kiwi desde que nace hasta que llega a la mesa. De la integración de esa tecnología –que está en la base, por ejemplo, de las criptomonedas– se ha encargado la fundación CTIC. El responsable de esa parte del proyecto es Luis Meijueiro. «Lo que se pretendía es que el consumidor pudiera ver todas las decisiones que se han tomado con el kiwi que va a consumir», señala.

Antes de darle un bocado a la pieza de fruta –o después incluso– el consumidor puede testar a través de la aplicación toda la información relevante sobre el kiwi. Dónde fue plantado, cuándo, dónde se almacenó... Eso desde el punto de vista del consumidor. En la otra cara de la moneda, la del agricultor, la aplicación también tiene una serie de funciones basadas en la misma tecnología. Por ejemplo, permite monitorizar las condiciones meteorológicas en las zonas de cultivo, así como consultar la predicción para los días siguientes. También permite registrar los procesos sobre el terreno –como cuándo se fumigó o cuándo se hizo la siembra– así como los procesos productivos posteriores del cultivo.

Luis Meijueiro y Sergio Álvarez, en la sede de Seresco. | Jaime Casanova

La aplicación, mediante el sistema de «blockchain» permite verificar todas las etapas del proceso productivo. Desde la recolección del fruto, la entrada en las cámaras del almacén, el envasado y, finalmente el envío al cliente. Todo un viaje. «Es una garantía sobre el origen de los alimentos», sostiene Sergio Álvarez.

Aunque el proyecto se ha desarrollado en cultivos de kiwi –en los de la compañía Kiwinatur para más señas– es exportable a otro tipo de productos. Seresco ya le ha echado el ojo a la sidra donde ve buenas perspectivas para aplicar este sistema de forma muy parecida. La propia compañía reconoce que «las posibilidades que ofrece la tecnología 'blockchain' y la aplicación desarrollada permite abordar soluciones para diversos casos de uso, como el pistacho o la sidra». De hecho, este no es el único proyecto ligado con el mundo agrícola que está desarrollando la ovetense que tiene también una aplicación similar para monitorizar viñedos.

El legado humano de Carmen Tamargo

Los amigos de la polifacética artista y escritora reivindican su trayectoria en el primer aniversario de su fallecimiento

Martina Marcelli

«Fuerte y luchadora». Así definen sus allegados a Carmen Martínez Tamargo, artista polifacética cuyo fallecimiento se produjo hace ahora un año. Aunque natural de Grado, Tamargo residió la mayor parte de su vida en Oviedo, donde también desarrolló una trayectoria profesional en el ámbito comercial que compaginaba con una fecunda producción artística.

Formada en los talleres de Humberto y Loreto Fanjul, Carmen Tamargo se distinguía por realizar un intenso trabajo de investigación cara a la realización de sus obras, para las cuales se inspiraba muy a menudo en hechos históricos. Así hizo por ejemplo en «El mundo quebrado de Hatshepsut». Tenía claro, además, que «el arte lo construyen por igual el artista y el espectador», por lo que valoraba especialmente participar en exposiciones públicas.

Sin descendencia, «salvo todas sus obras», como describe la sobrina de la artista, María Cristina González, Tamargo tuvo una trayectoria artística dilatada, pese a todas las dificultades que padeció en su vida, como la pérdida de sus dos padres y de su hermana a temprana edad. Una muestra de su carácter luchador es que, en plena posguerra, obtuvo el título de Perito Mercantil.

Una de sus grandes pasiones fue viajar. «Carmen fue muy avanzada para su época», sostiene María Cristina González. La artistas recorrió diferentes partes del mundo, tratando de empaparse de culturas muy diferentes entre sí. Fruto de sus viajes aprendió inglés y francés, y también sabía algo de alemán e italiano. Esta vocación viajera también influyó en su arte, de tal manera que muchas de sus obras nacieron con la idea de capturar momentos o sucesos ocurridos durante sus periplos por el extranjero. Es el caso, por ejemplo, de «Memoria quimérica», una serie de obras inspiradas en una estancia en Nueva York.

Carmen Tamargo, al lado de un cuadro de la serie «El mundo quebrado de Hatshepsut», en una muestra en el Museo Evaristo Valle, en 2010. | LNE

«Carmen jamás presumió de nada, pese a la cantidad de lugares que había visitado por sí sola y la calidad que tenían todas sus obras» confiesa uno de sus amigos, Luis Antonio Alías. Una de las peculiaridades que poseía la artista es que ella disfrutaba de la pintura, por eso no hacía negocio con el arte. Según Alías, «no se encargaba de vender sus cuadros, ella era tan humilde y gentil que los regalaba a quienes los querían, entre estos, asociaciones y multitud de ONG».

Durante su vida recibió multitud de críticas positivas sobre su arte, como las del añorado Rubén Suárez, que llegó a destacar sus «gamas de color crepusculares, melancólicas» y su vínculo con «un tenebrismo muy dentro de la pintura española», destacando la «sensibilidad indudable» de la pintora.

La creatividad de Carmen Tamargo no se limitaba a los pinceles. La artista comenzó a ser conocida también en el mundo de las letras tras ganar el concurso de la Fiesta de la Flor en Lena con un escrito que había titulado «Nelo», publicado en 1965. Y es que, desde temprana edad, había destacado por sus aptitudes para escribir, publicando algunos de sus relatos y cuentos en periódicos y revistas y obteniendo diversos premios. Tamargo escribió varios libros, entre los que destaca la novela «Unidos en un tiempo».

Pero lo que más recuerdan sus allegados no son los escritos de Carmen Tamargo o sus dotes para la pintura, sino su elevada calidad humana. «Era una persona exquisita, generosa y especialmente cariñosa» recalca Encarna Robles, una amiga de Tamargo. «Mi tía siempre fue una persona excelente sin exagerar, y además de ser una artista de los pies a la cabeza su bonradez y simpatía brillaban por sí solas», concluye María Cristina González.

pressreader PRINTED AND DISTRIBUTED BY PRESSREADER PressReader.com +1 604 278 4604 COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW